

vidor, y el progreso nunca se ha realizado en otra forma. Después de dos mil años de pronunciada, aún subsiste la implacable sentencia de ¡ay de los vencidos!

Así habla la ruda Germania. Podían objetarse con muchos argumentos esas balandronadas; pero ¿para qué? Las condiciones individuales no se modifican con razones. Además, nos acercábamos á París y pensaba también que las palabras del filósofo contenían mucha parte de verdad. Me limité, pues, á un ligero movimiento de hombros, acompañado de una vaga sonrisa, expresando así la sensación de un viajero colocado frente á un abismo muy profundo y muy negro.

LIBRO VI

LA EVOLUCIÓN ANÁRQUICA Y LA LUCHA CONTRA LA DISGREGACIÓN SOCIAL

CAPITULO PRIMERO

La anarquía social.

El cónsul Marcius Censorinus no era pacifista ni humanitario, pero sabía utilizar la filosofía de sus adversarios.

Cuando este inteligente guerrero se presentó ante Cartago, la gran ciudad pasaba por ser la más rica capital del mundo antiguo. Las artes y el comercio florecían y los pacifistas lo mismo. Después de haber ensalzado á estos últimos los beneficios de la paz y maldecido los horrores de la guerra, Censorinus concluyó diciendo: «Dadme vuestras armas y Roma se encargará de protegeros». Los pacifistas—gentes siempre de escasa mentalidad—se apresuraron á obedecer. «Dadme ahora vuestros barcos de guerra; son unos estorbos de costoso entretenimiento é inútiles, puesto que Roma os defenderá contra vuestros enemigos». Los pacifistas obedecieron también. «Vuestra sumisión es plausible, continuó diciendo el cónsul. No me queda que pe-

diros más que un sacrificio. Para evitar una posible revolución, Roma me ordena que arrase á Cartago, y os autoriza, por lo demás, á estableceros en el desierto, en el lugar que elijáis, á condición de que está situado á ochenta estadios de la mar». Entonces, únicamente, comprendieron los cartagineses los peligros del pacifismo, y ante la segura perspectiva de morir de hambre en los arenales, decidieron defenderse. Era demasiado tarde. Cartago fué tomada, incendiada con todos sus habitantes y desapareció de la historia.

Este suceso, aunque un poco viejo, contiene, sin embargo, bastantes enseñanzas para los momentos presentes, y yo supongo que, después de la primera huelga de empleados de Correos, ha debido atormentar el sueño de uno de nuestros hombres de Estado, que en estos momentos es Presidente del Consejo. Y lo supongo, por la lectura del discurso que pronunció ante el monumento de Gambetta. Dijo las verdades siguientes:

No hay derecho más que para los fuertes... El porvenir es de quien no teme nada... Toda sociedad capaz de tolerar la insubordinación de los funcionarios caerá en el desprecio universal. La rápida represión llega á ser una necesidad de salud pública...

Este lenguaje contrasta felizmente con el de otro individuo del Gobierno, que para remediar la insurrección de los funcionarios y las amenazas, huelgas y sabotajes de los obreros, no encontró más que estas vagas fórmulas: «Es necesario darse cuenta de los hechos nuevos, ser de su tiempo, tener confianza en la clase obrera.»

El autor termina dirigiéndose á aquellos que

llama los «dichosos de la vida», y les aconseja liberalidad con los obreros y con los funcionarios.

Este pobre lenguaje es una de las manifestaciones de la nueva filosofía humanitaria calificada de solidaridad y que, según la justa expresión de G. Lorel, sería más exacto llamarla la «filosofía de la hipócrita cobardía».

El humanitarismo es nuestra plaga social. Conocidas son las respuestas de los obreros y funcionarios insubordinados á esos lirismos humanitarios. Cuando más temibles se sentían, más despreciaban y amenazaban á los demás. A la menor resistencia, huelga, sabotaje é incendio.

La característica actual de nuestros gobernantes es, desgraciadamente, el miedo, el horrible miedo que hace perder tantas batallas y prepara tantas revoluciones.

Hubiera sido preferible que las prudentes palabras del ex-Presidente del Consejo, anteriormente citadas y pronunciadas después de la huelga de empleados de Correos, se hubiesen dicho antes de esa huelga, cuando ofrecía pocas dificultades la defensa. Hubiesen evitado á su autor el ser calificado por el director de un popular periódico socialista de «hoja muerta, abandonada, sin resistencia, á todos los remolinos de aire».

La defensa era fácil, en efecto. Al ceder no se hizo más que dar á los insubordinados conciencia de su fuerza y provocar su desprecio. Ya lo dijo Maquiavelo hace mucho tiempo: «Las multitudes no agradecen aquello que alcanzan por la fuerza».

Maquiavelo es muy antiguo; no fué escuchado, y desde un principio se empleó el sistema de las concesiones. Se aumentaron los sueldos de numerosos empleados de Correos. Sus exigencias, naturalmen-

te, no cesaron y el Gobierno tuvo que oponerse á ellas so pena de dimitir.

Además, los empleados de Correos pedían las concesiones, empleando formas de la mayor violencia y amenazando siempre con nuevas huelgas. Los otros funcionarios, viendo el éxito de este sistema de intimaciones, comenzaron también á exigir reivindicaciones. Para satisfacerlas hubo precisión de duplicar los presupuestos, y por consecuencia los impuestos. Sin duda, los ministros y el Parlamento se inquietaban poco de las trascendencias de su debilidad, sabiendo perfectamente que no estarían en sus puestos cuando se sintiesen las consecuencias de su proceder; pero las exigencias aumentaron en forma tal, que no hubo otro remedio que oponerse á ellas para satisfacer los deseos de la opinión.

La segunda huelga de empleados de Correos tuvo sus resultados prácticos. Bueno es que el público se dé cuenta de los efectos de las huelgas de los empleados de Correos, de Ferrocarriles, etc., para que comprenda lo que le espera del régimen sindicalista; entonces, y únicamente entonces, el público, la opinión, muy poderosa hoy, se alzaré contra todos los revolucionarios.

Si se hubiese continuado accediendo á todos los caprichos de los revoltosos, se hubiera creado un Estado dentro del Estado, rápidamente convertido en un Estado contra el Estado. Fué una verdadera ridiculez la pretensión de unos cuantos millares de empleados de detener la vida de un gran país. Maravillaría que tal idea pudiese existir en débiles cerebros, si no se comprobase en el movimiento actual uno de esos casos de epidemia moral propagada por contagio, muy frecuente en épocas turbu-

lentas y que no puede sorprender á las personas familiarizadas con la psicología de las multitudes.

Es necesario aprender á defenderse sin temor. El miedo, este terrible consejero, ha sido siempre el origen de perturbaciones sangrientas y de todos los despotismos militares que ellos engendran. ¿Créese posible que los agentes de Correos, los maestros se hubieran atrevido á usar el lenguaje que emplearon en los periódicos si no hubieran estado seguros del terror que inspiraban sus discursos? ¿Se puede tolerar un momento, que empleados pagados por el Estado prediquen el antipatriotismo y el antimilitarismo, es decir, la destrucción de la sociedad en que viven? ¿Puede aceptarse que los maestros se expresen como lo hace uno de sus representantes autorizados en un mitin público:

A fin de emancipar al proletariado, reclamo para los maestros el derecho de afiliarse á las Bolsas de Trabajo, á la Confederación general de trabajadores y el de imbuir en el cerebro de los niños el odio á la burguesía.

No es que se discuta con descarriados, fanatizados por algunos cabecillas. Estas gentes que se quejan tan ruidosamente pertenecen en realidad á una de las clases más privilegiadas de la burguesía. Se comprobó el hecho significativo y paradójico de que el jefe del movimiento de los empleados de Correos disfrutaba de un sueldo de 6.000 francos, y en vísperas de alcanzar un retiro de más de 3.000 francos se calificaba de proletario. Si el sindicalismo triunfase, los salarios de todos esos empleados, serían inmediatamente igualados al de los obreros.

Durante la huelga de carteros, hemos asistido al espectáculo singular de un Gobierno, del cual una parte estaba sublevada contra la otra. En efecto,

¿de qué está formado el Gobierno de un país? No es sólo del Parlamento que vota las leyes y de la docena de ministros que ordenan su ejecución. Se compone, sobre todo, del millón de empleados que las ejecutan, entre los cuales se halla dispersa la autoridad. Si estos empleados se rebelan, el Estado se desvanece, pues se puede pasar sin ministros, pero ¿cómo prescindir de los empleados en una Administración tan estatista como la nuestra? Felizmente no habrá nunca la menor dificultad para reemplazarlos, pues si se necesitan algunos años para formar un buen mecánico ó un buen herrero, bastan algunas semanas para fabricar un excelente jefe de negociado, un buen funcionario de correos, un perfecto factor. En este inmenso ejército de empleados, los técnicos cuyo oficio exige un poco de aprendizaje, como los telegrafistas, son una excepción.

* * *

Epiceteto dijo: «Lo que impresiona á los hombres no son las cosas en sí, sino las opiniones que tienen de ellas».

Ese es precisamente el peligro actual. No consiste en los hechos mismos, sino en las ilusiones provocadas por ellos y en las ideas que engendran.

Sólo las quimeras conmueven á los pueblos, y la Historia demuestra que han sido necesarios varios siglos de lucha y ríos de sangre para acabar con el poder de ciertos fantasmas.

En ninguna época, la suerte de las clases populares ha sido más favorecida que hoy día, como lo ha demostrado recientemente la información realizada por M. d'Avenel, y sin embargo, en ninguna época se han quejado tanto.

Las divergencias de intereses serian fáciles de conciliar, pero no lo son los odios y las envidias sembradas por políticos que adulan servilmente á la multitud. Ahora tocamos sus consecuencias.

El contagio mental ha hecho universal el descontento. El socialismo, hasta hace poco tiempo, y el sindicalismo y el anarquismo ahora, son las panaceas que se ofrecen para todos los males.

Las multitudes, imbuídas por las nuevas doctrinas, se componen de una mezcla heterogénea de logreros fervientes, de fanáticos convencidos, de universitarios desengañados, de humanitarios lacrimosos, y de una masa inmensa de pobres imbéciles que siguen todos los movimientos, porque su débil mentalidad les condena á seguir siempre á algo.

Las creencias actuales, colectivismo, anarquismo, sindicalismo, etc., están fundadas únicamente sobre las visiones que sus adeptos tienen del porvenir. Estas visiones son necesariamente quiméricas, puesto que el porvenir es desconocido, pero no por eso dejan de constituir poderosos móviles de acción.

La audacia creciente de los partidos revolucionarios proviene sobre todo de la gran pusilanimidad de los gobernantes, cuyo humanitarismo temeroso es completamente nefasto.

No es posible concebir ninguna esperanza sobre los resultados de esta debilidad. En su interesante libro *Réflexions sur la violence*, M. G. Sorel, defensor desengañado de las doctrinas socialistas, se expresa así:

El factor determinante de la política social es la cobardía del Gobierno... No han tardado mucho los jefes de los

sindicatos en comprenderlo. Enseñan á los obreros que no se trata de pedir favores, sino de aprovecharse de la cobardía burguesa para imponer la voluntad del proletariado... Una política social fundada sobre la cobardía burguesa, que consiste en ceder siempre ante la amenaza de violencias, no podía menos de engendrar la idea de que la burguesía está condenada á muerte y que su desaparición es cuestión de tiempo.

Convencidos del miedo que inspiran, los socialistas revolucionarios acentúan cada vez más sus amenazas, como se podrá juzgar por el programa reciente de la «Federación Socialista del Sena»:

Para preparar el combate, *que dará fin con la sociedad y el estado capitalista* y con la incautación por el proletariado de la materia y los instrumentos de la producción, del cambio y de la venta, el partido emplea todos los medios de acción según las circunstancias: acción electoral y parlamentaria, *acción directa, huelga general é insurrección.*

Á este objeto afirma que la predicación de la idea colectivista ó comunista se hará por una propaganda llevada hasta el límite de los campos, á fin de suscitar en todos el espíritu de rebelión.

Naturalmente, no hay que preguntar á estos terribles sectarios estatistas qué consecuencias acarrearía la realización de sus sueños, pues no miran tan lejos y sólo piensan en destruir. Sin embargo, se puede afirmar que si una divinidad maléfica satisficiera de pronto, todos los deseos de los revolucionarios y transformara la sociedad según sus deseos, la suerte del obrero, bajo el régimen colectivista, sería infinitamente más dura que ahora.

Los revolucionarios no se preocupan en lo más

mínimo de este porvenir lejano. Su fin es provocar los furros populares y lo consiguen perfectamente. Los socialistas parlamentarios que creen encauzar en su provecho estas cóleras, se equivocan y se engañan más todavía al querer calmar á los anarquistas con concesiones que estos no piden, como la incautación de los ferrocarriles y el impuesto sobre la riqueza.

Es imposible concebir esperanza en los efectos de estas medidas, al observar de qué lado se van volviendo progresivamente las masas obreras, ¿es al de los autores de estas inútiles reformas ó al de los sindicatos revolucionarios que no proponen otras que la destrucción violenta de la sociedad por medio de la guerra civil?

Á parte de los motivos de orden económico, que no trataré aquí, una causa evidente determina esta orientación nueva de las clases obreras hacia los revolucionarios. Entre gobernantes tímidos, inclinados ante todas las amenazas y un poder autocrático constituido sólidamente como el de la Confederación del Trabajo, la multitud no duda. Se dirige instintivamente, como siempre, hacia el lado donde existe una autoridad activa y convicciones inquebrantables.

Es imposible desconocer que el sindicalismo revolucionario posee una fuerte autoridad.

En efecto, conduce á las masas obreras, doblegadas bajo su yugo, con procedimientos que acaso no emplearían los más rudos déspotas. Aun cuando hablan poco, estos amos temidos saben hacerse obedecer por las multitudes más indisciplinadas en apariencia. Dejando para los débiles los largos discursos, se limitan á obrar. Sus decretos son formulados por un comité anónimo y las huelgas ordena-

das por un golpe de silbato ó por una orden llevada en bicicleta por un delegado que no tiene que dar explicaciones. El que se resiste es reducido en seguida por compañeros deseosos de parecer celosos á los ojos de sus amos. Se recordará la aventura de aquel contraamaestre de Herserange que, habiendo tenido la audacia, después de una orden de expulsión del sindicato, de ir á buscar sus herramientas, sólo escapó de la muerte gracias á la intervención de la policía, que le arrancó de las manos de los obreros en un estado lastimoso. En una fábrica de tabacos, una cigarrera sufrió recientemente una suerte semejante por haberse atrevido á aceptar un salario superior al decretado por el sindicato.

Todas las órdenes se ejecutan aunque sobrepasen los límites de lo racional. En Hazebrouk los obreros han estado en huelga varios meses, en virtud de una orden del delegado del sindicato, porque los directores de una fábrica de tejidos se habían permitido instalar, en lugar de la antigua maquinaria otras perfeccionadas que se empleaban en América desde hace más de diez años. Si los ferrocarriles no existieran en Francia, acaso fuera imposible hoy su creación, dada la mentalidad obrera actual y la debilidad de los gobiernos.

Estos ejemplos son necesarios para los que creen á las colectividades obreras capaces de razonar. La superioridad de los agitadores de la Confederación del Trabajo se debe precisamente á haber comprendido que las masas no razonan nunca y que sólo obedecen á la fuerza ó al prestigio. Así, pues, rechazan el sufragio universal y proclaman el derecho de las minorías, es decir, el de algunos agitadores de los sindicatos. Este derecho, poco democrático

ciertamente, acabará por imponerse, puesto que las multitudes lo aceptan dócilmente.

..

El peligro del movimiento revolucionario no consiste únicamente en las violencias suscitadas por él, puesto que éstas no pueden durar, sino principalmente, repito, en la anarquía mental, propagada por contagio entre todas las clases. Así se han originado la huelga de los empleados de Correos, la de los guardias de seguridad de Lyon, los motines de los maestros, la formación del sindicato de empleados, etc. Ante estos ensayos de intimidación, el Gobierno ha cedido siempre y ha fortificado en el alma de los sublevados que basta amenazar para obtener.

Indecisos entre intereses encontrados, y viendo detrás de cada sublevado un futuro elector, los legisladores pierden toda noción de engranaje de las necesidades económicas y votan al azar, sin prever las consecuencias, leyes contradictorias, en cuanto las amenazas se hacen muy ruidosas.

Sintiéndose humanitarios, y sobre todo tímidos, dicen que, después de todo, estos reclamantes tienen algo de razón, y que si bien es cierto que es muy triste ver las fábricas saqueadas, los soldados asesinados y las industrias arruinadas, deben darse pruebas de indulgencia para con los extraviados. ¿No es seguro, además, que con buenas leyes estos extraviados comprenderán su deber y serán justos? Por lo tanto, se apresuran á indultar á los que, después de haber asesinado ó incendiado, sufren sólo algunos días de prisión. Si reinciden, es que las le-

yes no eran bastante buenas, y se apresuran á hacer otras.

Así se establece, tanto en el Parlamento como en toda la clase burguesa, un estado de espíritu peligroso, puesto que ha creado la atmósfera de anarquía en que vivimos.

M. Poincaré ha hecho notar las consecuencias de esta mentalidad nueva de las clases directoras en uno de sus discursos:

Quando el colectivismo nos enseña en un eterno espejismo el oasis donde la humanidad descansará en la igualdad perfecta de sus fatigas seculares, permanecemos incrédulos... Pero ¿estamos seguros de no facilitar nosotros mismos inconscientemente la obra de estos soñadores? Sonreímos de sus utopías, protestamos contra su política que creemos quimérica y peligrosa, y sin embargo, todos los días, con la ilusión de aplacar su hostilidad sistemática, les entregamos pedazos de nuestras convicciones.

Desgraciadamente, eso es lo que ha hecho este eminente hombre de Estado, demostrando así el poder inconsciente del estado de espíritu que describe con tanta claridad. Sus colegas del Senado contaban con él para combatir la incautación del ferrocarril del Oeste, pero aunque era el único capaz de oponerse á proyecto tan desastroso para nuestra Hacienda, no se opuso. El miedo es un poderoso transformador de las opiniones.

Por eso, precisamente, se encuentran tantas contradicciones entre las palabras de los hombres de Estado y su conducta. Hemos visto á un Presidente del Consejo protestar en un discurso contra las «divagaciones criminales» de los sindicatos. Esta protesta no le ha impedido, sin embargo, como ha dicho un periódico de circulación, continuar «pagando

con los fondos de los contribuyentes la propaganda antipatriótica, bajo pretexto de subvenciones á los sindicatos». Una de las características más visibles de la mentalidad actual de los pueblos latinos es el decaimiento de la voluntad, aun—iba á decir sobre todo—en las más altas inteligencias. Y no hay que olvidar que por esta debilidad del carácter, y no por la de la inteligencia, fué por lo que desaparecieron grandes pueblos de la Historia.

* *

Además de sus causas aparentes inmediatas, los acontecimientos son determinados por un engranaje de sucesos lejanos. En el grano visible está contenido el árbol invisible. Las crisis políticas actuales nos llaman la atención por su violencia, pero son acompañadas y engendradas á menudo por muchas otras crisis. Su conjunto revela una perturbación profunda de los espíritus.

Basta echar una ojeada alrededor para comprobar que la desorganización actual ataca á todas las fuerzas morales, verdaderos sostenes de un pueblo. Crisis de la familia, que se disgrega y aumenta muy lentamente, crisis de las necesidades que aumentan mucho más rápidamente que los medios de satisfacerlas, crisis de la autoridad que nadie respeta, pues la idea de igualdad hace rechazar todas las superioridades, crisis de la moral que se hunde mientras aumenta la criminalidad en proporciones enormes, crisis de la voluntad que se debilita de día en día, crisis de los empleados que se sublevan, de los maestros que profesan la anarquía, etc. Los sindicatos, que se multiplican, sólo sindicán descontentos y odios: odio á la patria, al capital, al ejército, á las

capacidades. Es preciso que la armadura mental, formada por la herencia, sea muy resistente, para que una sociedad que así se disgrega pueda mantenerse todavía.

De arriba abajo de la escala social, la disciplina se desvanece y desaparece la autoridad. Y á este desquiciamiento general, los directores no oponen más que una tranquila resignación. Los que antes mandaban no piensan ahora más que en obedecer. Mr. Aulard, profesor de Historia de la Sorbonne, dió recientemente un ejemplo de este estado de espíritu, que hubiera debido ilustrarle algo más sobre la psicología popular que las montañas de papелotes que ha reunido sobre la época de la Revolución.

Es el caso que este admirador, convencido de las virtudes de las multitudes, se vió obligado un día, á causa de un retraso de tren, á ir á una gran estación de París á buscar su equipaje que había dejado depositado en el almacén. En el local que ocupaba el depósito de mercancías estaban cuatro forzudos mozos que se paseaban tranquilamente. Juzgando por el aspecto modesto del reclamante, que no era un viajero de los que se puede esperar una buena propina, consideraron inútil apresurarse, y continuaron su paseo. Un poco humillado por esta indiferencia desdeñosa, el profesor se quejó al jefe de los mozos, que escribía en una mesa cercana. Este reconoció que su interlocutor tenía razón de sobra, pero añadió que, como no poseía ninguna autoridad sobre sus subordinados, no podía hacer otra cosa que entregar él mismo el equipaje, y llevó su amabilidad hasta el extremo de colocarle sobre una carretilla que empujó hasta la puerta. Los cuatro mozos, que se habían vuelto, advirtieron la maniobra, y exasperados por la pérdida de una pro-

pina, aunque fuera modesta, se precipitaron sobre su jefe, le llenaron de improperios y le obligaron, no sin alguna violencia, á que dejara el equipaje. El jefe desapareció precipitadamente dirigiendo á sus subordinados las más humildes excusas.

Ya sé yo que no hay que tener una confianza ilimitada en lo dicho por un profesor de Historia, más apto para reunir documentos que para interpretarlos, pero aun cuando la relación precedente—no desmentida por los interesados—no fuera del todo exacta, no dejaría por eso de ser instructiva.

Todos, por otra parte, pueden observar diariamente hechos análogos. Ved, por ejemplo, un peón caminero en el ejercicio de su profesión. Enteráos del rendimiento de su trabajo y comparadle con el rendimiento de hace veinte años. La disminución es enorme. Además ¿por qué había de trabajar seriamente este peón, si tiene la seguridad de ser protegido contra sus jefes por su diputado y su tabernero?

..

La anarquía social no se manifiesta sólo en las capas inferiores de la sociedad. Es, como todas las epidemias mentales, una enfermedad esencialmente contagiosa. El contagio mental conduce hoy á los mismos conservadores á aliarse con los peores anarquistas. Hemos visto, no ha mucho, al arzobispo de París fraternizar con uno de los jefes de la Confederación del Trabajo. En un Congreso católico reciente, un cura defendió enérgicamente el derecho de huelga, es decir, de rebelión, de los empleados. «Hay curas—dice *Le Temps*—que defienden y propagan las teorías más audaces, antisociales y anárquicas.»

La necesidad de una baja popularidad no se desarrolla solamente en los socialistas avanzados, sino en conservadores que debían ser los sostenes más firmes de la sociedad.

Contribuyen eficazmente—decía con razón el periódico precipitado—á derrocar un orden social del cual son los primeros beneficiarios. Por lo demás, es una utopía, una quimera que puedan recoger de estos trastornos algún provecho político. Los sindicalistas y los revolucionarios se servirán acaso de ellos, pero no les dejarán nada.

El desarrollo de nuestra anarquía se revela, sobre todo, por los progresos del antipatriotismo. En los discursos, llenos de elogios, que los ministros dirigen á los maestros y universitarios, fingen creer que el desarrollo del antipatriotismo y del antimilitarismo—llamados hoy día «herveísmo»—es excepcional en Francia. ¿Á quién pretenden ilusionar? Ocultar un mal no es curarle.

Á pesar de su reserva habitual, Mr. Poincaré no ha dudado en un discurso en insistir sobre la gravedad del mal.

Después de demostrar que esos antipatriotas, que se niegan á defender á Francia contra el extranjero, predicán con entusiasmo la guerra civil para establecer el triunfo de su partido, el orador añade con razón:

M. Hervé ¿es un aislado, un espíritu fantástico que mantiene una apuesta personal? Á poco que veamos las deliberaciones de ciertos Congresos, estamos obligados á confesar que, si pone una violencia calculada en la expresión de sus ideas, no es el único en profesarlas, y que en definitiva, es un personaje representativo. No exageremos la influencia de su acción y de la de sus semejantes, pero no esperemos destruirla negándola.

Mientras M. Hervé escribía líneas sacrílegas, Bebel decía en el Reichstag: «Si Alemania fuera atacada, si su existencia estuviera en peligro, entonces os aseguro que todos nosotros, desde el más viejo al más joven, estaríamos dispuestos á tomar el fusil y marchar contra el enemigo. Esta tierra es también nuestra Patria, y la defenderíamos hasta el último momento, os lo juro.»

En presencia del contraste entre estos dos lenguajes, el del socialista alemán y el del revolucionario francés, se recuerdan las palabras de M. Quinet: «Si Francia se hace cosmopolita, será inevitablemente víctima de los demás pueblos.»

En efecto, el antipatriotismo no puede ser en la época en que vivimos, sino la más terrible de las farsas. Sólo sería excusable en ese país quimérico de que hablaba irónicamente Waldeck Rousseau, en un pueblo sin pasado y sin rivales, habitando en medio de un Océano ignorado una isla bastante fértil para alimentarle y bastante pobre, al mismo tiempo, para no excitar la ambición de nadie.

* * *

La Historia demuestra, por medio de elocuentes ejemplos, la suerte de los pueblos que han caído en la anarquía.

Pero la Historia sólo habla de las cosas pasadas que no siempre son aplicables al presente. Por lo tanto, es en el presente donde hay que examinar los hechos. Un vasto continente ocupado por 25 repúblicas españolas nos da idea de la suerte de las naciones que han caído en la anarquía por falta de ideal moral, de orden y de disciplina. Estas desgraciadas repúblicas han caído en una semibarbarie, y si su comercio y su industria no estuvieran en manos de extranjeros, serían en absoluto salvajes. Bandas armadas las arrasan sin cesar, tratando de apoderarse del poder para nombrar presidente á

uno de sus jefes. El poder de éste será efímero, porque otras bandas, deseosas de saquear á su vez, le asesinarán pronto.

El siguiente extracto publicado en los periódicos, y que podría aplicarse varias veces al año á la mayoría de esas repúblicas, demuestra lo que ha llegado á ser la vida social en esos países:

Telegramas de América dicen que Nicaragua está en un estado de plena anarquía que justifica la intervención de los Estados Unidos, pedida por los mismos nicaragüenses.

Según estos despachos, todo el país se halla descontento y sublevado contra el presidente Celaya. Las manifestaciones continúan en las calles de Managua y de Corinto, donde se baten las gentes á pistoletazos. Se teme una matanza general de prisioneros políticos que llenan las cárceles y á los cuales se deja morir de hambre. Se han formado juntas de vigilancia para impedir huir al presidente.

En un combate que ha tenido lugar en Rama, los celayistas han resultado vencedores. El general Vázquez, jefe de las tropas gubernamentales, ha hecho fusilar á un gran número de revolucionarios que han violado el armisticio.

El Gobierno americano insistirá sobre el castigo del presidente Celaya por violación criminal del derecho de gentes. Después aceptará la cooperación de Méjico para imponer á los Estados centroamericanos la paz y el respeto de sus obligaciones.

¡Imponer á esas gentes el respeto de sus obligaciones! Esta noción implica un grado de civilización que nunca alcanzarán por sí mismos. Debemos desear que los Estados Unidos se apoderen de esos países para educarlos. Han demostrado con la completa transformación de Cuba en pocos años y la organización próspera del país, que la administra-

ción latina había sumido en la más completa anarquía, lo que pueden el orden y la disciplina y presentando un admirable ejemplo de la misión de estas cualidades en la Historia.

Los pueblos latinos harán bien en meditar y pensar, que están dejando disociarse en ellos, cada día más, las cualidades de carácter que constituyen la grandeza de los pueblos, y sin las cuales ninguna sociedad civilizada puede subsistir.